

Prólogo

SPARSA COLLIGO¹

Cuando trato de remontarme a las fuentes subjetivas de este libro, encuentro en mis años de infancia un incontenible sentimiento de compasión por los negros esclavizados y los pueblos americanos subyugados, oprimidos y despreciados, provocado por la lectura de *La cabaña del tío Tom*, de las novelas de Gustave Aimard y de Fenimore Cooper. De adolescente sentía una compasión parecida por la miseria humana, no sólo la miseria material que mostraba, por ejemplo, la película de Pabst *La ópera de cuatro cuartos*, sino también la miseria interior procedente de la humillación y la soledad que, a mis 15 años, me reveló Dostoievski. Sin duda fue el sufrimiento y la soledad que me produjo la muerte de mi madre cuando tenía diez años lo que me predispuso a compadecer otras desdichas. Obviamente, fue también el hecho de que, aunque había adoptado como propia la historia de Francia, con sus luces y sus sombras, sus desastres y sus resurgimientos, y a pesar de sentirme *enraizado* como francés y de que no había experimentado jamás personalmente el rechazo, notaba la agresividad de cierta prensa contra los judíos, los metecos y los inmigrantes, despectiva también con negros y orientales, lo que me alistaba junto a los excluidos de los que entonces me sentía hermano. Pero también es la cultura francesa con la que me identificaba, de Montaigne a Montesquieu, de Voltaire a Diderot, de Rousseau a Hugo, la que me llevó al universalismo. Era francés, por supuesto, pero en primer lugar era parte integrante de la especie humana, una prioridad en la cual insistía el autor de *El espíritu de las leyes*.

En los años tormentosos de antes de la guerra, fui naturalmente sensible a las ideas de fraternidad internacional de los partidos revolucionarios, y los valores humanistas, constantemente regenerados desde la Revolución Francesa, me hicieron partidario de la emancipación de los pueblos. Aunque el comunismo estalinista me repugnaba por sus procesos y sus mentiras (que descubrí a través de mis lecturas,

1. «Reúno lo disperso.»

entre ellas las de Souvarine, Trotski, Victor Serge y Gide), su principio universalista era el mío.

A los veinte años, bajo la ocupación nazi, me alisté no sólo para liberar a mi país, sino para participar en lo que yo creía iba a ser una lucha grandiosa por la emancipación de toda la humanidad. Entonces no sabía que mi universalismo era abstracto, porque ignoraba la importancia de las naciones, las etnias y las culturas.

Durante la apasionante aventura de la revista *Arguments* (1957-1962) descubrí e incorporé, a través de Axelos, la noción de Heidegger de era planetaria. También comprendí que no sólo había que inscribir lo político en la era planetaria, sino también considerarlo en sus dimensiones humanas fundamentales: de ahí surge el concepto de *antropolítico* que formulé en mi ensayo *Introduction à une politique de l'homme* (1965).

Mis dos primeras largas estancias en América Latina (1961-1962) me sumergieron en civilizaciones mestizas: Brasil, Colombia, México... Quedé hechizado por los pueblos andinos y empecé a darme cuenta de la riqueza humana que representan la diversidad cultural.

Mi encuesta sobre la modernización en Plozevet (1965), en el Pays Bigouden, me reveló la justa resistencia de una cultura étnica que, pese a desear la modernidad, se niega a desintegrarse en ella.

En el transcurso de las décadas siguientes, mi espíritu ya dispuesto a afrontar las contradicciones gracias a Heráclito y a Hegel, y formado para relacionar conocimientos separados (en *El hombre y la muerte*, 1951), elaboró en *El método* un mundo de conocimientos y de reflexión capaz de aprehender lo complejo, y coloqué en el núcleo del pensamiento complejo la idea de *unitas multiplex*, la unidad de la multiplicidad y de la diversidad humanas: la unidad humana engendra la diversidad humana y la diversidad humana mantiene la unidad humana. De ahí surge esta afirmación: «la diversidad es el tesoro de la unidad humana; la unidad es el tesoro de la diversidad humana». De esta forma superé el universalismo abstracto para acceder a la conciencia de la complejidad planetaria. Finalmente, la noción de Tierra-Patria vino a enraizar mi universalismo en lo concreto.

Fue en *Pour sortir du xxe siècle*, fechado en 1981, que veinte años más tarde titulé *Pour entrer dans le xxie siècle*, donde formulé dos ideas conjuntas para caracterizar la fase actual de la era planetaria: seguimos estando en la «edad de hierro planetaria» y en la «prehistoria del espíritu humano». En el transcurso de la década de 1990 me surgió la idea de que la nave espacial Tierra, propulsada por cuatro

motores incontrolados (ciencia, técnica, economía y afán de lucro), tiene una altísima probabilidad de sufrir catástrofes en cadena, aunque probable no signifique inevitable y no se excluya, así, la posibilidad de un cambio de rumbo.

En 1994 se me ocurrió la idea de la *política de civilización*, destinada a reaccionar contra los crecientes efectos perversos engendrados por la civilización occidental, ahora ya globalizada y globalizadora. Esta *política de civilización* era el preludeo de una empresa más amplia, que es la que expongo en este libro: buscar la vía que puede salvar a la humanidad de los desastres que la amenazan.

Ya me lancé a una misión casi imposible al abordar *El método*. Pero al mismo tiempo pensaba que no podía renunciar a ella. Hoy siento que ocurre lo mismo con *La Vía*. Puedo renunciar incluso menos, puesto que este proyecto ya estaba en germen en la *Introducción a una política del hombre*; maduraba en el transcurso de los treinta años en que he escrito los seis tomos de *El método*, en especial los dos últimos, *La humanidad de la humanidad* y *Ética*. Lo he ido elaborando paralelamente en artículos de interés político, publicados durante las últimas décadas y están reunidos en *Ma gauche*.

Soy consciente de que la posibilidad de cambiar de vía es cada vez más improbable. Recuerdo que de adolescente, en la década de 1930, en plena crisis económica y democrática, me dedicaba a buscar una tercera vía, que se enfrentara a la vez al nazismo hitleriano y al comunismo estalinista. Leía los artículos de Robert Aron y de Arnaud Dandieu, de Emmanuel Mounier, de Simone Weil y otros, que se esforzaban en formular los principios de esta tercera vía. Me inscribí en el partido de Bergery porque afirmaba que era necesario luchar en dos frentes. Aquella búsqueda a ciegas fue barrida por la guerra. Entonces ya no hubo tercera vía posible. Sólo la resistencia y, para muchos, yo entre ellos, la elección de una vía enemiga contra la otra.

Hoy siento, como entonces, que hay una primavera que desea nacer. Pero también percibo que se anuncia una nueva edad de hielo que quiere aniquilarla antes de que nazca.

Presiento, pues, que lo improbable a lo que me consagro puede convertirse en imposible. Pero, aunque el *Titanic* naufrague, quizás una botella lanzada al mar llegue a la orilla de un mundo en el que todo deba comenzar de nuevo...

Nadie sabe nunca cuándo ni si es demasiado tarde.

La gran Vía no tiene puertas. Miles de caminos desembocan en ella.

PROVERBIO ZEN

Están los que quiere mejorar a los hombres y los que consideran que esto sólo puede hacerse mejorando primero sus condiciones de vida. Pero sabemos que lo uno no es posible sin lo otro, y no sabemos por dónde empezar

ANDRÉ GIDE, *Journal*, 1942-1949, pág. 31

Habría que ver, por una parte, si el proyecto humano realizado durante estos seis milenios por el homo historicus es el único proyecto humano posible y, por otra parte, si no habría que hacer hoy algo distinto.

RAIMUNDO PANIKKAR

Si el campo de las ideas está revolucionado, la realidad no puede permanecer tal cual.

G. W. F. HEGEL

Seguimos buscando quien repare el planeta Alpha cuando estamos en el planeta Beta.

P. CAILLÉ

¿Puede una tierra finita soportar un proyecto infinito?

LEONARDO BOFF

Quien crea que un crecimiento exponencial puede durar siempre en un mundo finito o está loco o es un economista.

KENNETH BOULDING

Cada cosa, en todas las épocas, camina junto a su contraria.

LAS MIL Y UNA NOCHES

Para alcanzar la humanidad, hay que intuir algo más allá de la humanidad.

FRIEDRICH SCHLEGEL

No se trata de encontrar «soluciones» para determinados «problemas», sino de hallar un modo de vida distinto, que no sea la negación abstracta de la modernidad, sino su superación [Aufhebung], que persiga la conservación de sus mejores conquistas y su proyección hacia una forma superior de la cultura, una forma que restituya a la sociedad ciertas cualidades humanas, destruidas por la civilización burguesa industrial. No implica un retorno al pasado, sino un rodeo por el pasado hacia un nuevo porvenir ...

MICHAËL LOWY

La humanidad es para sí misma y a la vez su peor enemigo y su mejor oportunidad.

PATRICK VIVERET

Hay una manera de contribuir al cambio, y es no resignarse.

ERNESTO SABATO

No dudemos jamás de que un pequeño grupo de individuos conscientes y comprometidos pueden cambiar el mundo. Es así como ha ocurrido siempre.

MARGARET MEAD

INTRODUCCIÓN GENERAL

¿CAMBIAR DE VÍA?

LA DIFICULTAD DE PENSAR EL PRESENTE

«*No sabemos sólo que pasa y eso es lo que pasa*», escribe Ortega y Gasset.

Siempre hay, en efecto, una distancia entre el acontecimiento y la conciencia de su significado; el conocimiento se retrasa respecto a lo inmediato: «El ave de Minerva (de la razón) levanta el vuelo al crepúsculo» (Hegel).

El presente sólo es perceptible en su superficie. Está minado en profundidad por fuerzas subterráneas, por corrientes invisibles bajo un suelo aparentemente firme y sólido.

Además, el conocimiento se ve desbordado por la rapidez de los cambios contemporáneos y por la complejidad propia de la globalización. Se dan innumerables ínter-retro-acciones entre procesos extremadamente diversos (económicos, sociales, demográficos, políticos, ideológicos, religiosos, etc.).

Finalmente, nosotros, los habitantes del mundo occidental u occidentalizado, sufrimos, sin ser conscientes de ello, dos tipos de carencias cognitivas:

—la ceguera propia de un modo de conocimiento que, al compartimentar los saberes, desintegra los problemas fundamentales y globales que exigen un conocimiento interdisciplinar;

—el occidentalocentrismo, que nos coloca en el trono de la racionalidad y nos da la ilusión de poseer lo universal.

Por lo tanto, no es sólo nuestra ignorancia, también es nuestro conocimiento lo que nos ciega.

Aún dedicándome al conocimiento complejo, soy muy consciente de todas las dificultades acumuladas para comprender lo que estamos viviendo y sufriendo: sé que no soy el Observador/Creador situado en Siria. Estoy viviendo, junto a seis mil millones de seres humanos, una

aventura loca y grandiosa, terrible y poética, soy abducido por lo local y lo contingente. No sólo la esperanza es una apuesta, también lo es el conocimiento. Y no puedo ignorar mi ignorancia.

DE LA MUNDIALIZACIÓN A LA GLOBALIZACIÓN

El proceso de mundialización empezó a finales del siglo xv con la conquista de las Américas y la circunnavegación de Vasco de Gama.

Desde la década de 1960, todo individuo del llamado mundo desarrollado tiene inconscientemente interiorizada la presencia de lo planetario. Por la mañana, toma un café suramericano o un té asiático, saca de su nevera alemana una fruta exótica, se abriga con un jersey de algodón de Egipto o de la India, conecta una radio japonesa para escuchar las noticias internacionales, se viste con un traje de lana de Australia tejida en Manchester, conduce un coche coreano mientras escucha una canción flamenca en su iPhone californiano. Puede ver películas americanas, japonesas, chinas, mexicanas o africanas. Asiste a un ópera italiana en la que la diva es afroamericana y la orquesta está dirigida por un japonés. Luego, tal vez cene chile con carne o arroz cantonés.

Los pobres de los barrios de chabolas de África o de América del Sur han sido expulsados de su tierra por el monocultivo industrializado importado de Occidente, llevan una camiseta con una inscripción americana y se ganan la vida recuperando los desechos de la civilización occidental.

La globalización es el estadio actual de la mundialización. Empieza en el año 1989, tras el hundimiento de las llamadas economías socialistas. Es fruto de la conjunción entre un bucle retroactivo del auge desenfrenado del capitalismo (que, bajo la égida del neoliberalismo, invade los cinco continentes) y el auge de una red de telecomunicaciones instantáneas (fax, teléfono móvil, Internet). Esta conjunción hace posible la unificación tecnoeconómica del planeta.

Como consecuencia de la implosión de la URSS y de la derrota del maoísmo, la globalización ha provocado una oleada democratizadora en diversos países y la revalorización de los derechos del hombre y de la mujer, cuyos resultados siguen siendo inciertos y limitados, cuando no combatidos.

También ha comportado tres procesos culturales, a la vez concurrentes y antagonistas: por una parte, un proceso de homogenización

y de estandarización según los modelos norteamericanos; por otra, un contraprocés de resistencia y de revitalización de culturas autóctonas; y finalmente, un proceso de mestizaje cultural.²

Por último, la globalización ha diseñado la infraestructura de una sociedad-mundo. Una sociedad requiere un territorio con numerosas intercomunicaciones permanentes, y esto es lo que se ha producido en nuestro planeta: necesita su propia economía, una economía mundializada. Pero una sociedad debe controlar su economía, y este control es lo que falta, faltan también las autoridades legítimas dotadas de poder de decisión, y está ausente la conciencia de comunidad de destino indispensable para que la sociedad se convierta en Tierra-Patria. La ONU tiene muy poca autoridad y muy poca legitimidad. La FAO, la OMC y la UNESCO sólo son los embriones de las instituciones que podría tener una sociedad-mundo. Únicamente ha aparecido el concepto de crímenes contra la humanidad, el Tribunal Internacional con unas competencias limitadas, y una corriente altermundista que todavía no ha podido elaborar su pensamiento, beneficiosos para una sociedad de ese tipo, aunque dispersos como bloques erráticos en pleno desierto. Hoy ya no encarnan la conciencia de la humanidad grandes intelectuales como Victor Hugo, Romain Rolland (en 1914) o Raimundo Panikkar (última gran conciencia del mundo, muerto en 2010); ahora tenemos el Club de Roma o unas ONG humanitarias (Survival International, Amnesty International, Greenpace, Médicos sin fronteras, etc.).

No son sólo las soberanías absolutas de los estados nación las que impiden la formación de una sociedad-mundo. También es el movimiento tecnoeconómico de la globalización el que, al crear su infraestructura, provoca las resistencias étnicas, nacionales, culturales y religiosas que se oponen a la homogenización mundializadora. Las consecuencias del fracaso histórico del comunismo han sido enormes: no sólo los desbordamientos del capitalismo, sino también el hecho de que las oleadas etno-religiosas (incluidas y, a veces, especialmente, las de los países ex socialistas) ya no chocan contra ningún obstáculo.

Todo ello contribuye a que la globalización provoque una crisis planetaria de múltiples rostros. Como indicó Mohamed Arkoun, «el colapso de la Unión Soviética fue un Chernobil sociopolítico». Elimina-

2. Véase *Hacia el abismo?: globalización en el siglo XXI*, (Trad. cast.: Barcelona, Paidós, 2010) donde desarrollo estos temas.

nó del globo durante un tiempo al pulpo totalitario. Pero hizo reaparecer otros dos: el pulpo del capitalismo financiero y el del fanatismo etno-religioso.

LA CRISIS PLANETARIA

La crisis de la unificación

La unificación tecnoeconómica del globo está en crisis. Existe una coincidencia entre la proliferación de estados soberanos, el aumento de su interdependencia y su rigidez etno-religioso. Esta coincidencia no es fortuita. Se explica por: a) las resistencias nacionales, étnicas y culturales a la occidentalización; b) el desmoronamiento generalizado de la esperanza puesta en el progreso. El progreso, gran mito providencial de Occidente, invadió todo el planeta durante la segunda mitad del siglo xx. Aseguraba la mejor sociedad posible en el Oeste, un futuro radiante en el Este, y en el Sur la emancipación, ya fuera por la democracia del Oeste, ya fuera por el socialismo del Este. La ilusión de un progreso concebido como una ley de la historia se disipó a un tiempo con los desastres del Este, las crisis del Oeste y los fracasos del Sur, con el descubrimiento de todo tipo de amenazas, especialmente nucleares y ecológicas, que planean sobre la humanidad, y con la invasión de una extraordinaria incertidumbre en el horizonte futuro. La pérdida de un porvenir asegurado, unida a la precariedad y a las angustias del presente, engendra reflujos hacia el pasado, es decir, hacia las raíces culturales, étnicas, religiosas y nacionales.

Al mismo tiempo, y a pesar de la hegemonía tecnoeconómica y militar de Estados Unidos, se desarrolla un mundo multipolar dominado por bloques con unos intereses a la vez cooperativos y en conflicto, y donde múltiples crisis aumentan las necesidades de cooperación, pero también los riesgos de conflicto.

Así, la globalización, a la vez una y plural, conoce una crisis propia, que acerca y disgrega, unifica y separa.

Las policrisis

La globalización no sólo provoca su propia crisis. Su dinamismo acarrea crisis múltiples y variadas a escala planetaria.

La crisis de la economía mundial aparecida en el año 2008 es resultado, fundamentalmente, de la ausencia de verdaderos dispositivos de regulación. No se puede entender como un accidente provocado por la hipertrofia del crédito, que, a su vez, no se debe, únicamente, al hecho de que una población empobrecida por el encarecimiento de los precios decida mantener su nivel de vida a través del endeudamiento. Esa hipertrofia también la causa la especulación del capitalismo financiero con el petróleo, los minerales, los cereales, etc. Al escribir sobre André Gorz, Patrick Viveret cita a dos autores que hablan desde dentro del sistema: Patrick Artus, director de estudios de Natixis, y Marie-Paul Virard, redactora jefe de *Enjeux-Les Échos* entre 2003 y 2008. Escribieron su libro *Globalización: lo peor está por llegar* antes de la gran crisis de septiembre de 2008. La introducción de la obra profetiza: «Lo peor vendrá de la conjunción de cinco características esenciales de la globalización: una máquina no igualitaria que socava los cimientos sociales y atiza las tensiones protectoras; una caldera que quema los recursos escasos, favorece las políticas de acaparamiento y acelera el calentamiento del planeta; un aparato que inunda el mundo con liquidez y estimula la irresponsabilidad bancaria; un casino en el que se expresan todos los excesos del capitalismo financiero; una centrifugadora que puede hacer explotar Europa».³ En cuanto a Alan Greenspan, el ex director de la Reserva Federal americana, reconoce en su libro *La era de las turbulencias*⁴ que las finanzas mundiales se han convertido en un barco ebrio, desconectado de las realidades productivas.

La crisis ecológica se acentúa con la degradación creciente de la biosfera, que, por su parte, provocará nuevas crisis económicas, sociales y políticas.

La crisis de las sociedades tradicionales deriva de la occidentalización que tiende a desintegrarlas.

La civilización occidental, que produce las crisis de la globalización, está ella misma en crisis. Los efectos egoístas del individualismo destruyen la antigua solidaridad. Un malestar psíquico y moral se instala en el corazón del bienestar material. La intoxicación consumista de la clase media se desarrolla mientras se degrada la situación de las

3. P. Artus y M.-P. Virard, *Globalisation: le pire est à venir*, La Découverte, 2008 (trad. cast: *Globalización: lo peor está por llegar*, Barcelona, Icaria, 2009).

4. Alan Greenspan, *Le temps des turbulences*, Lattès, 2007 (trad. cast: *La era de las turbulencias*, Barcelona, Ediciones B, 2008).

clases más pobres y se agravan las desigualdades. La crisis de la modernidad occidental ocasiona que las modernas soluciones para las crisis sean irrisorias.

La crisis demográfica se amplifica a causa de la conjunción de diferentes fenómenos: la superpoblación de los países pobres, la disminución de la población de la mayoría de los países ricos y el desarrollo de los flujos migratorios engendrados por la miseria.

La crisis urbana se desarrolla en las megalópolis asfixiadas y asfixiantes, contaminadas y contaminadoras, donde los habitantes están sometidos a innumerables fuentes de estrés, y donde proliferan enormes guetos pobres mientras los guetos ricos se protegen con muros.

La crisis del mundo rural es una crisis de desertificación, provocada por la importante concentración urbana y por la extensión de los monocultivos industrializados, entregados a los pesticidas, privados de vida animal, así como por las dimensiones de la ganadería industrializada, productora de alimentos degradados por las hormonas y los antibióticos.

La crisis de la política se ve agravada por la incapacidad de pensar y de afrontar la amplitud y la complejidad de estos nuevos problemas.

Las religiones, que habían retrocedido gracias al avance de la laicidad, están progresando en detrimento de esta última, pero también están en crisis, divididas entre corrientes modernistas e integristas, socavadas por conflictos internos entre cultos enfrentados, más incapaces que nunca de asumir sus principios de fraternidad universal.

Por su parte, los laicismos se hallan cada vez más carentes de savia y más corroídos por los recrudescimientos religiosos.

El humanismo universalista se descompone en aras de las identidades nacionales y religiosas, cuando aún no ha logrado convertirse en un humanismo planetario que respete el lazo indisoluble entre la unidad y la diversidad humanas.

La crisis del desarrollo

El conjunto de esas múltiples crisis interdependientes es ocasionado por una mundialización que, al igual que la Trinidad cristiana, es una y trina: globalización, occidentalización y desarrollo.

Mientras que la occidentalización se sobreentiende, el término «desarrollo» se ha convertido en la palabra clave que pone una etiqueta de

solución y de progreso al complejo trinitario. Todavía se considera en buena parte del mundo como la vía de salvación para la humanidad.

La noción de desarrollo engloba múltiples avances en la prosperidad y el bienestar, la mejora general de las condiciones de vida, la reducción de las desigualdades, la paz social y la democracia. Es la locomotora del desarrollo tecnoeconómico la que se supone que arrastrará los vagones del bienestar, de la armonía social y de la democracia. Pero, de hecho, el desarrollo tecnoeconómico es compatible con las dictaduras, en las que va acompañado de la esclavización de los trabajadores y de la represión policial, como fue el caso en Chile y en Brasil, y como lo demuestra el hiperdesarrollo actual de China.

El crecimiento se concibe como el motor evidente e infalible del desarrollo, y el desarrollo como el motor evidente e infalible del crecimiento. Ambos términos son, a la vez, fin y medio el uno del otro. Ahora bien, como dijo Kenneth Boulding, citado en el epígrafe, «quien crea que un crecimiento exponencial puede durar siempre en un mundo finito o es un loco o es un economista». Se ha calculado que si China alcanzase una tasa de tres automóviles por cada cuatro habitantes, como es el caso hoy en Estados Unidos, se alcanzarían los mil cien millones de coches, frente a los ochocientos millones que tiene actualmente el planeta, y las infraestructuras necesarias (redes de carreteras, aparcamientos) ocuparían una superficie casi igual a la que hoy se destina al cultivo del arroz.

Como indicamos posteriormente, la idea fija de crecimiento debería sustituirse por un concepto complejo que comportase crecimientos, decrecimientos y estabilizaciones diversas.

Como la mundialización y la occidentalización de la que forma parte, el desarrollo es complejo, es decir, negativo y positivo a la vez.

El aspecto positivo es que ha originado en todo el planeta unas zonas de prosperidad según el modelo occidental, y ha determinado la formación de unas clases medias que han accedido a los estándares de vida de las clases medias occidentales. Ha permitido autonomías individuales emancipadas de la autoridad incondicional de la familia, el acceso al matrimonio libre y no impuesto, la aparición de las libertades sexuales, nuevos tipos de ocio, el consumo de productos desconocidos, el descubrimiento de un mundo extranjero «mágico», representado por los productos de McDonald's y de Coca-Cola. Ha despertado, también, grandes aspiraciones democráticas.

Pero también ha aportado, en el seno de las nuevas clases medias de los países emergentes, la intoxicación consumista propias de sus

homólogas occidentales, el aumento del componente imaginario de los deseos, así como la insaciabilidad de necesidades que se renueva sin cesar. Ha aportado los lados más sombríos del individualismo: el egocentrismo, la autojustificación (que suscita la incompreensión del otro) y el afán de lucro.

El desarrollo ha creado nuevas corrupciones en el seno de los estados, de las administraciones y de las relaciones económicas. Ha destruido la solidaridad tradicional sin crear otra que la sustituya y, como resultado, se han multiplicado las soledades individuales. Al desarraigar y crear guetos, se plantan las semillas de la criminalidad

En este sentido, el desarrollo es antiético. Finalmente, ha creado enormes zonas de miseria, como demuestran los cinturones desmesurados de barrios de chabolas que rodean las megalópolis de Asia, África y América Latina.

En las condiciones de la globalización neoliberal (privatización de los servicios públicos y de las empresas estatales, retroceso de las actividades públicas en provecho de las actividades privadas, primacía de las inversiones especulativas internacionales, desregularización generalizada), la explosión de un capitalismo planetario sin frenos, desde la década de 1990, ha amplificado todos los aspectos negativos del desarrollo. El aumento permanente de las rentas del capital en detrimento de las del trabajo acrecienta constantemente las desigualdades. El desarrollo, por lo tanto, ha aumentado el número de trabajadores esclavizados en China, en India y en numerosas regiones de América Latina. El abandono de la agricultura de subsistencia en aras de los monocultivos industrializados para la exportación expulsa a los pequeños campesinos o a los artesanos, que gozaban de una relativa autonomía al disponer de sus policultivos o de sus herramientas de trabajo, y transforma su pobreza en miseria en los *bidonvilles* de las megalópolis. Un informe de Naciones Unidas para el Desarrollo, publicado en 2003, mencionaba 54 países que eran más pobres que en 1990; la esperanza de vida había retrocedido en 36 de ellos. ¿Quién dijo: «El desarrollo es un viaje que comprende más naufragos que pasajeros...»?

Por otra parte, el desarrollo instaaura un modo de organización de la sociedad y de las mentes en el cual la especialización compartimenta a los individuos, de forma que cada uno sólo tiene una parte estanca de responsabilidades. Con esta compartimentación, se pierde la visión de conjunto, lo global y, con ello, la solidaridad. Sin olvidar que la educación hiperespecializada reemplaza la antigua ignorancia por una

ceguera nueva, que se mantiene gracias a la ilusión de que la racionalidad determina el desarrollo, cuando lo cierto es que éste confunde la racionalización tecnoeconómica con la racionalidad humana.

Esta ceguera es resultado también de la concepción tecnoeconómica del desarrollo, que no conoce sino el cálculo como instrumento de conocimiento (tasas de crecimiento, índices de prosperidad, de renta y estadísticas que pretenden medirlo todo). El cálculo ignora no sólo las actividades no monetarizadas como las producciones domésticas y/o de subsistencia, los favores mutuos, el uso de bienes comunes y la parte gratuita de la existencia, sino también y sobre todo aquello que no puede calcularse ni medirse: la alegría, el amor, el sufrimiento, la dignidad, en otras palabras, el tejido mismo de nuestras vidas.

Finalmente, el desarrollo ha permanecido ciego, durante mucho tiempo, a la degradación ecológica que aún sigue provocando (industrias contaminantes, ciudades contaminadas, agricultura, ganadería y piscicultura industrializadas); ha puesto y pone cada vez más en peligro la biosfera, debido a la sobreexplotación del petróleo y del carbón, a la deforestación y a la desnaturalización provocada por los cultivos y la ganadería industrializados.

Por eso, la idea generalmente admitida de desarrollo es ciega a los daños y al deterioro que produce. ¡La idea de desarrollo es una idea subdesarrollada!

El desarrollo es una fórmula estándar que ignora los contextos humanos y culturales. Se aplica de forma indiferenciada sobre sociedades y culturas muy diversas, sin tener en cuenta sus singularidades, sus saberes y sus técnicas, sus formas de vida, vigentes en pueblos de los cuales se denuncia el analfabetismo, sin percibir las riquezas de sus culturas orales tradicionales. Constituye un verdadero etnocidio para los pueblos pequeños.

De hecho, el desarrollo presenta el modelo occidental como arquetipo universal para todo el planeta. Supone que las sociedades occidentales constituyen la finalidad de la historia humana. Producto del sociocentrismo occidental, el desarrollo también es el motor de una occidentalización frenética y, aunque no aporta al resto del mundo lo que la civilización occidental tiene de positivo (derechos humanos, libertades, democracia), sí comporta inevitablemente sus vicios.

El desarrollo, que pretende ser una solución, ignora que las propias sociedades occidentales están en crisis a causa, precisamente, de ese desarrollo, que ha segregado un subdesarrollo intelectual, físico y moral. Intelectual, porque la formación disciplinar que recibimos los

occidentales, al enseñarnos a disociarlo todo, nos ha hecho perder la capacidad de relacionar las cosas y, por lo tanto, de pensar los problemas fundamentales y globales. Psíquico, porque estamos dominados por una lógica puramente económica, que no ve más perspectiva política que el crecimiento y el desarrollo, y estamos abocados a considerarlo todo en términos cuantitativos y materiales. Moral, porque el egocentrismo domina sobre la solidaridad. Además, la hiperespecialización, el hiperindividualismo y la falta de solidaridad desembocan en el malestar, incluso en el seno del confort material.

Occidente siente un vacío y una carencia: cada vez hay más espíritus desamparados que recurren a los psicoanalistas y a las psicoterapias, al yoga, al budismo zen, a los gurús, etc. Algunos tratan de encontrar en las culturas y las sabidurías de otros continentes remedios a la vacuidad creada por el carácter cuantitativo y competitivo de su existencia. Vivimos, así, en una sociedad en la que las soluciones que brindamos a los demás se han convertido en nuestros problemas.

La toma de conciencia de la crisis del desarrollo se ha reflejado —aunque sólo de forma parcial, insuficiente y limitada— en la problemática ecológica, lo cual ha conducido a «atenuar» la noción de desarrollo añadiéndole el epíteto de *sostenible*. ¡Pero el «núcleo duro» persiste!

La idea de «sostenibilidad» pretende que el desarrollo tenga en cuenta la salvaguarda de la biosfera y, correlativamente, la de las generaciones futuras. Dicha noción contiene una componente ética importante, que, sin embargo, no mejora sustancialmente el concepto mismo de desarrollo. Sólo suaviza y dulcifica su apariencia.

Finalmente, y puesto que el desarrollo, la occidentalización y la globalización son motores que se retroalimentan, todas las crisis que hemos enumerado pueden considerarse como componentes de una megacrisis que tiene tres caras inseparables: crisis del desarrollo, crisis de la occidentalización y crisis de la globalización. El hecho de que ese carácter complejo de la crisis planetaria sea generalmente ignorado indica que la multicrisis también es cognitiva.

La crisis de la humanidad

Así pues, la globalización, la occidentalización y el desarrollo alimentan la misma dinámica que produce una pluralidad de crisis inter-

dependientes, intrincadas, incluidas la crisis cognitiva, las políticas, las económicas y las sociales, que, a su vez, producen la crisis de la globalización, la de la occidentalización y la del desarrollo. *La gigantesca crisis planetaria es la crisis de la humanidad que no logra acceder a la humanidad.*

Estamos en el momento crucial de una aventura loca que empezó hace ocho mil años, llena de crueldad y de grandeza, de apogeos y desastres, de servidumbres y emancipaciones, y que hoy arrastra a seis mil millones de seres humanos. ¿Cómo no sentir que, en esta crisis y a causa de ella, se recrudece la formidable lucha entre las fuerzas de la muerte y las de la vida? Las unas y las otras no sólo combaten entre sí, sino que se retroalimentan, ya que la descomposición de la muerte hace posible el renacimiento y la metamorfosis, pero también los asfixia: «Vivir de muerte, morir de vida», la fórmula de Heráclito que expresa la ambivalencia de la crisis planetaria.

¿Abocados al abismo?

El desarrollo del desarrollo engendra y acentúa su crisis y conduce a la humanidad a probables catástrofes en cadena.

La nave espacial Tierra se propulsa mediante cuatro motores incontrolados: la ciencia, la técnica, la economía y el lucro, poseedores, cada uno, de una sed insaciable: la sed de conocimiento (ciencia), la de poder (técnica), la de posesión y la de riquezas. Sus efectos son ambivalentes. La ciencia ha dado lugar a muchas elucidaciones y sus aplicaciones han sido beneficiosas, pero también ha producido armas de destrucción masiva, en especial nucleares, y la manipulación de los genes y del cerebro humano conlleva posibilidades desconocidas. La técnica, ambivalente por naturaleza, ha dominado las energías naturales, pero también ha sometido a los seres humanos.

La economía ha producido riquezas inauditas a la vez que miserias insondables, y su falta de regulación da rienda suelta al lucro, a su vez propulsado y propulsor de un capitalismo desenfrenado, fuera de todo control, que contribuye a esa carrera hacia el abismo.

El capitalismo financiero dominante, desconectado de la economía real y dedicado a defender el interés exclusivo de los especuladores, ha provocado la crisis económica de 2008 y sigue alimentándose, como un vampiro, de nuestras sustancias vivas. Como ha dicho Alain

Touraine en *Après la crise*,⁵ el capitalismo se ha puesto por encima de la humanidad y deberíamos desterrarlo de la humanidad.

A ello se añade el empeoramiento de las diversas crisis intrincadas que, en un mundo dislocado, acentúan los antagonismos, que, a su vez, alimentan los movimientos ideológico-político-religiosos, que intensifican los maniqueísmos, los odios ciegos, y provocan histerias que favorecen las guerras y las expediciones punitivas. Hay dos barbaries que se encuentran más aliadas que nunca: la barbarie surgida de las profundidades de la historia, que mutila, destruye, tortura y masacra; y la barbarie fría, gélida, de la hegemonía del cálculo, de lo cuantitativo, de la técnica, del lucro a costa de las sociedades y las vidas humanas.

Estamos hundiéndonos en una edad de hierro planetaria. Los bárbaros, enemigos de la humanidad, están hoy en plena actividad eruptiva; cuando se oponen entre sí, su antagonismo contribuye a acrecentar un maniqueísmo ciego y henchido de odio. El capitalismo desenfrenado de hoy no es la única amenaza para la humanidad: hay fanatismos desenfrenados, dictaduras implacables; existe la posibilidad de que aparezcan nuevos totalitarismos y hasta de que comiencen guerras de exterminio.

Lo peor y lo mejor

El resultado catastrófico del desarrollo actual de los acontecimientos es altamente probable. Esta probabilidad se define a partir de lo que pueda deducir un observador, en un momento y un lugar determinados.

Por eso podemos decir que la globalización constituye lo peor que le ha ocurrido a la humanidad.

Aunque también hay que reconocer que constituye lo mejor. Y es que, por primera vez en la historia humana, se han unido las condiciones para superar una historia hecha de guerras y cuya capacidad de destrucción se ha acrecentado hasta permitir, hoy, un suicidio global de la humanidad.

Lo mejor es que ahora, en el planeta Tierra, hay más interdependencia de cada uno con todos, naciones, comunidades e individuos,

5. A. Touraine, *Après la crise*, Seuil, 2010 (trad. cast.: *Después de la crisis*, Barcelona, Paidós, 2011).

que se multiplican las simbiosis y los mestizajes culturales en todos los campos, que las diversidades resisten pese a los procesos de homogenización que tienden a destruirlas. Lo mejor es, también, que las amenazas mortales y los problemas fundamentales crean una comunidad de destino que abarca a toda la humanidad.

Lo mejor es, por otra parte, que la globalización ha producido la infratextura de una sociedad-mundo; que, en estas condiciones de comunidad de destino y de una posible sociedad-mundo, podemos considerar la Tierra como patria sin que ésta anule las patrias existentes, sino que, por el contrario, las englobe y las proteja.

Pero la conciencia de los peligros todavía es muy débil y dispersa. La conciencia de la necesidad de superar la historia aún no ha emergido. La conciencia de una comunidad de destino sigue siendo deficiente. La conciencia de una Tierra-Patria todavía es marginal y está diseminada. La globalización tecnoeconómica impide la emergencia de la sociedad-mundo de la cual, sin embargo, ya ha diseñado las infratexturas. Existe una contradicción entre las soberanías nacionales, todavía absolutas, y la necesidad de unas autoridades supranacionales para tratar los problemas vitales del planeta. Las convulsiones de la crisis de humanidad pueden ser mortales.

De ahí que, efectivamente, la globalización sea, a la vez, lo mejor (la posibilidad de que emerja un mundo nuevo) y lo peor (la posibilidad de que la humanidad se autodestruya). Comporta unos riesgos inauditos, pero también unas increíbles oportunidades. Lleva consigo una probable catástrofe, pero también permite la improbable aunque posible esperanza.

Estos procesos actuales presentan ambivalencias.

Toda crisis comporta riesgos y oportunidades, y la crisis planetaria lo hace de forma paroxística. La oportunidad está en el riesgo. La oportunidad aumenta con el riesgo. «Donde crece el peligro también crece aquello que salva» (Hölderlin).

Pero la oportunidad sólo es posible si es posible cambiar de vía.
¿Es posible?

¿Vamos hacia una metamorfosis?

Cuando un sistema no puede resolver sus problemas vitales, se degrada, se desintegra, o bien se revela capaz de generar un metasistema que sepa tratar sus problemas: se *metamorfosea*.

En su estado actual, el sistema Tierra es incapaz de organizarse para tratar sus problemas vitales:

- el peligro nuclear que se agrava con la diseminación y tal vez la privatización futura del armamento atómico;
- la degradación de la biosfera;
- la economía mundial desprovista de un sistema de control/regulación;
- la reaparición de las hambrunas;
- los conflictos etno-político-religioso que pueden degenerar en guerras entre civilizaciones.

Podemos entender la amplificación y la aceleración de todos esos procesos como el inicio de un formidable *feedback* positivo, como un proceso de irremediable desintegración de los sistemas físicos capaz, sin embargo, de transformar los sistemas humanos.

Lo probable es la desintegración.

Lo improbable, aunque posible, es la metamorfosis.

¿Qué es una metamorfosis? Encontramos numerosos ejemplos en el reino animal, sobre todo entre los insectos. Una oruga se encierra en una crisálida e inicia un proceso que es, a la vez, de autodestrucción y de autoconstrucción en una organización y una forma diferentes.

Cuando la crisálida se abre, se ha formado una mariposa que, aunque es el mismo ser, se ha convertido en otro. La identidad se ha mantenido y transformado en la alteridad.

El nacimiento de la vida puede concebirse como la metamorfosis de una organización físico-química que, al llegar a un punto de saturación, crea una metaorganización, la autoecoorganización viviente, la cual, aunque involucra exactamente los mismos constituyentes físico-químicos, lleva asociadas unas cualidades nuevas, entre las cuales están la autorreproducción, la autorreparación, la alimentación a partir de energía exterior y la capacidad cognitiva.

La formación de las sociedades históricas en Oriente Medio, India, China, México y Perú constituye una metamorfosis a partir de un conjunto de sociedades arcaicas de cazadores recolectores. Esta metamorfosis ha producido las ciudades, el Estado, las clases sociales, la especialización del trabajo, las grandes religiones, la arquitectura, las artes, la literatura y la filosofía. Para lo bueno y para lo malo (la guerra, la esclavitud y la barbarie).

A partir del siglo XXI, se plantea el problema de la metamorfosis de las sociedades históricas en una sociedad-mundo de un nuevo tipo que englobaría a los estados nación sin suprimirlos. Porque la continuación de la historia, es decir, de las guerras entre estados que disponen de armas de aniquilación, conduce a la casi destrucción de la humanidad. Hay una necesidad vital de metahistoria. Mientras que, para Fukuyama, la capacidad creadora de la evolución humana se ha agotado con la democracia representativa y la economía liberal, nosotros debemos pensar, por el contrario, que *es esa historia la que está agotada, y no las capacidades creadoras de la humanidad*.

Las capacidades creadoras se regenerarían a través de la metamorfosis. La noción de metamorfosis es más rica que la de revolución. Tiene la misma radicalidad innovadora, pero la combina con la conservación (de la vida, de las culturas, del legado de pensamiento y conocimiento de la humanidad). No podemos prever ni sus modalidades ni sus formas: todo cambio de escala supone un surgimiento creador.

De la misma forma que la sociedad histórica, que creó la ciudad, el Estado, las clases sociales, la escritura, las divinidades cósmicas, los monumentos grandiosos y las artes, era inconcebible para los humanos de las sociedades arcaicas de cazadores recolectores, tampoco nosotros podemos concebir aún cómo sería la sociedad-mundo generada por la metamorfosis.

Cambiar de vía

Para ir hacia la metamorfosis, es preciso cambiar de vía. Pero si bien parece posible modificar ciertas trayectorias y corregir ciertos males, no podemos ni siquiera frenar la ola técnico-científico-económica y de civilización que está llevando a nuestro planeta al desastre.

Y, sin embargo, la historia humana ha cambiado muchas veces de vía. ¿Cómo?

Todo empieza siempre con una iniciativa, una innovación, un nuevo mensaje inconformista y marginal, que muchas veces sus contemporáneos no perciben. Así comenzaron las grandes religiones. El príncipe Sakyamuni elaboró el budismo al final de una meditación solitaria sobre la vida; más tarde, una gran religión se extendió por toda Asia gracias a unos cuantos discípulos. Jesús era un chamán galileo que predicó sin ningún éxito ante el pueblo hebreo, pero su mensaje, retomado y universalizado por un fariseo disidente, Pablo de Tarso, se

extendió lentamente por el Imperio Romano y se convirtió más tarde en su religión oficial. El profeta Mahoma tuvo que huir de La Meca y refugiarse en Medina; el Corán se propagó de discípulo en discípulo y se convirtió en el texto sagrado de innumerables poblaciones de África, Asia y Europa. El capitalismo se desarrolló como parásito de las sociedades feudales para finalmente imponerse y, con la ayuda de las monarquías, desintegrarlas. En 1492, el solitario pero obstinado genovés Cristóbal Colón logra, gracias a su insistencia, obtener de los Reyes Católicos (Isabel I y Fernando II de España) las carabelas que le permitirán llegar a las costas de América. La ciencia moderna se formó a partir de algunas inteligencias inconformistas y dispersas (Galileo, Bacon, Descartes) y luego extendió sus redes, sus asociaciones, se introdujo en las universidades en el siglo XIX, y posteriormente, en el siglo XX, en las economías y los estados de esa nave espacial llamada Tierra. En el siglo XIX el socialismo germinó en unas cuantas mentes autodidactas y marginales, y se convirtió en una formidable fuerza histórica en el siglo siguiente.

La efervescencia creativa

En nuestra época debería fraguarse un replanteamiento, más profundo, incluso, que el del Renacimiento. Hay que repensarlo todo. Debemos volver a empezar.

De hecho, todo ha empezado ya, pero sin que lo advirtamos. Estamos en el estadio de unos preliminares modestos, invisibles, marginales y dispersos. Ya existen, en todos los continentes y en todas las naciones, una efervescencia creativa, una multitud de iniciativas locales que avanzan en el sentido de la regeneración económica, social, política, cognitiva, educativa, étnica o existencial. Pero todo lo que debería estar relacionado se encuentra disperso, separado, compartimentado. Esas iniciativas no están relacionadas entre sí, ninguna administración las tiene censadas, ningún partido toma nota de ellas. Pero son la cantera del futuro. Se trata de reconocerlas, de censarlas, de cotejarlas, de incluirlas en un repertorio, para abrir, así, una pluralidad de caminos reformadores. Son vías múltiples que, desarrollándose conjuntamente, podrán conjugarse para formar la nueva Vía, que descompondrá la que estamos siguiendo y nos dirigirá hacia la metamorfosis, todavía invisible e inconcebible.

La salvación ha empezado por la base.

Más allá de las alternativas

Para elaborar las vías que han de convergir en la Vía, debemos deshacernos de las alternativas:

globalización/desglobalización
 crecimiento/decrecimiento
 desarrollo/involución
 conservación/transformación

Es preciso, *a la vez*, globalizar y desglobalizar, crecer y decrecer, desarrollar e involucionar, conservar y transformar.

La orientación *globalización/desglobalización* significa que, si hay que multiplicar los procesos culturales de comunicación y de mundialización, si es preciso que se cree una conciencia de Tierra-Patria, una conciencia de comunidad de destino, también es preciso promover el desarrollo de lo local dentro de lo global. La desglobalización daría una nueva viabilidad a la economía local y regional.⁶ Se dinamizaría la alimentación de proximidad, las artesanías y los comercios de barrio, las huertas en la periferia de la ciudad, las comunidades locales y regionales. La recuperación de los servicios sanitarios, escolares y postales de proximidad, la revitalización de los pueblos, donde volverían a instalarse cafés, panaderías y tiendas de ultramarinos, son procesos que rehumanizarían el mundo rural.

Valorar los recursos endógenos, materiales e inmateriales, aseguraría autonomía y calidad alimentaria, así como higiene ecológica; permitiría reconquistar la agricultura de subsistencia en el Sur, y la agricultura campesina en el Norte, así como restablecer los servicios públicos locales.

Al mismo tiempo, las relocalizaciones y la reordenación territorial de las actividades deberían ir acompañadas de una democracia participativa local y regional, así como de la instauración de una política de civilización que revitalizase la convivencia y regenerase las solidaridades.

6. A causa de la multiplicación de los transportes por carretera, por barco y por avión, la deslocalización económica provoca un gran despilfarro de energía y una gran producción de gases de efecto invernadero. La fabricación de unos vaqueros requiere, en total, un periplo de 30.000 km para reunir materiales y componentes; la de un yogur de fruta, 10.000 km.

Cabe añadir que si esas solidaridades son necesarias en un período de desarrollo mundial, todavía lo son más en la hipótesis, que no debemos excluir, de una gigantesca crisis de la economía, cuyas consecuencias sociales, políticas e incluso bélicas serían gravísimas.

En caso de desastre planetario, la soberanía alimentaria y un mínimo de autosuficiencia económica serían factores de supervivencia para muchísimas poblaciones.

Por último, la desglobalización significa también el retorno de la autoridad de los estados, abandonada con las privatizaciones en beneficio de un capitalismo desterritorializado, con la consiguiente recuperación de los servicios públicos de correos y comunicaciones, ferrocarriles, hospitales y escuelas.

Así pues, la desglobalización forma una pareja antagónica, es decir complementaria, con la globalización. No se deberían contraponer de forma absoluta la libertad internacional de los intercambios y las protecciones arancelarias. Éstas se imponen en los casos y marcos de salvaguarda de la autonomía alimenticia y de protección de un sector económico vital para una nación. Las protecciones parciales, sin embargo, no deben degenerar en proteccionismo. En otras palabras, hay que desarrollar a la vez lo global y lo local, evitando que lo primero deteriore lo segundo. Debe desarrollarse a la vez lo que se había desterritorializado y reterritorializado previamente. Así, el mundo evolucionaría en espiral, volviendo parcialmente al pasado (es decir, a los campesinos, los pueblos y los artesanos) para proyectarse mejor hacia el futuro.

La orientación *crecimiento/decrecimiento* implica que deben crecer los servicios, las energías verdes, los transportes públicos, la economía plural, incluida la economía social y solidaria, el urbanismo destinado a humanizar las megalópolis, la agricultura y la ganadería tradicionales y biológicas, pero que también deben decrecer la fiebre consumista, la producción de alimentos industrializados y de objetos no reparables de un solo uso, el dominio de los intermediarios (en especial de las grandes superficies) sobre la producción y el consumo, el tráfico de los automóviles privados y el transporte de mercancías por carretera (en beneficio del ferrocarril).

La orientación *desarrollo/involución* significa que el objetivo ya no es fundamentalmente el desarrollo de los bienes materiales, la eficacia, la rentabilidad y lo calculable; también lo es que las personas atiendan a sus necesidades interiores, que se fomenten las aptitudes para comprender a los demás, ya sean próximos o lejanos, que se vuelva al

tiempo lento del propio ritmo interior, no entrecortado ni estrictamente cronometrado. La involución implica mantener la inserción en la propia cultura y en la propia comunidad, dando prioridad a la calidad poética del vivir. El desarrollo fomenta el individualismo. La involución fomenta la comunidad. Como veremos, el desarrollo/involución da respuesta a la aspiración de todo ser humano a asociar autonomía con comunidad.

El eje *conservación/transformación* significa que muchas perspectivas de futuro, como las depositadas en la agricultura y la ganadería tradicionales, la reinstauración del artesanado, el abandono de los productos de un solo uso y la utilización de productos reparables, necesitan que se conserven los conocimientos y las prácticas heredadas del pasado. Una gran parte de las tecnologías «limpias» se basa en saberes ancestrales de comunidades marginales. Y, sobre todo, debemos conservar la vida del planeta, las diversidades biológicas y humanas, seguir emocionándonos y enriqueciéndonos con los tesoros sublimes de las grandes culturas y los grandes pensadores.

Ya no basta con denunciar. Ahora es preciso enunciar. No es suficiente reconocer la urgencia. También hay que saber empezar: empezar definiendo las vías que podrían conducir a la Vía. El mensaje que revela la Vía se está elaborando, y queremos contribuir a ello con esta obra.

El origen está ante nosotros, decía Heidegger. La metamorfosis sería, realmente, un nuevo origen.